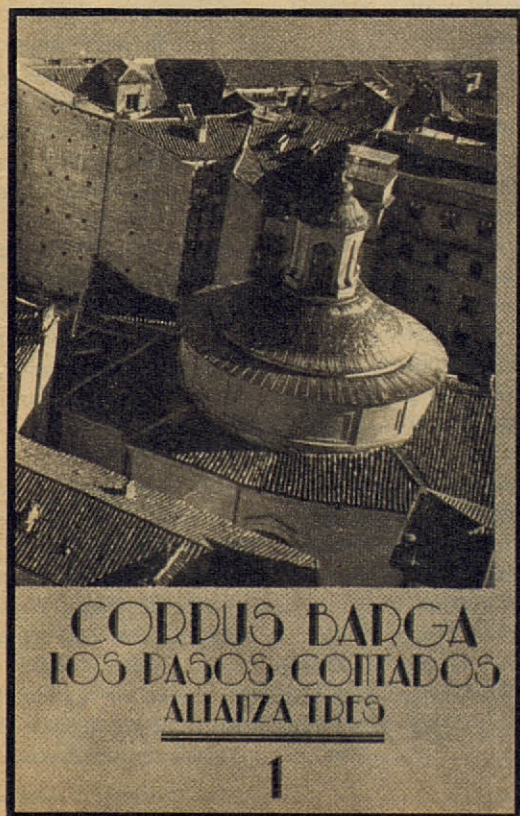


dido de este mundo como don Américo Castro, del que dijo la agencia oficial de noticias, al anunciar su muerte: "Ha fallecido el conocido historiador brasileño..."?

Se hubiera encontrado con el silencio o con lo que es peor, la bullanga necia de los que están a todas, de los que se apuntan a cualquier festividad mundana para celebrar el regreso de cualquier ilustre exiliado aunque ni sepan quién es ni les interesa. Y en cuanto a los profesores... Esos son de digestión más lenta. ¿Corpus Barga? ¿Pero ese no es un periodista? Esa prosa bruñida, sinuosa, llena de iridiscencias, de meandros por donde transcurre lento, lentísimo el río de la memoria, es demasiado para quienes la literatura es sólo una sucesión de fichas a ordenar. La literatura en España, decía Cernuda, no tiene sino actualidad. La de Corpus Barga nunca la tuvo, a pesar de que él fue, como buen periodista, un hombre que vivió siempre lo temporal, lo cotidiano, con especial pasión.

Pero, a lo mejor, ahora alguien se anima a leer a Corpus Barga. Sus Memorias, como las Memorias de Manuel Azaña, son dos monumentos históricos y estéticos inmarcesibles de nuestra cultura contemporánea. De difícil lectura. Otro riesgo. La lengua escrita en España se ha devaluado tanto, ha sufrido tal proceso de barbarización que quizá pocos ya puedan aguantar ese caliente esplendor de las largas frases de Corpus Barga. Pero es que él escribía así: lejos de su tierra natal pero llevando lo mejor de su "lengua central" —como diría otro grande, Eduardo Blanco Amor—, metida en la masa de la sangre y en la médula de los huesos. La obra de Corpus Barga es otro hito fatal de nuestra literatura moderna. Aunque ni los "modistas" ni los señores académicos se den por enterados. ●



## Elogio desmedido de... CARMEN MARTIN GAITÉ

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

La conocí como la mujer de. Sabía que había vivido y estudiado Filosofía en Salamanca, y que, instalada con la familia en Madrid, en los primeros años cincuenta, formó parte de un grupo de escritores, amigos todos ellos, llamados Alfonso Sastre, Jesús Fernández Santos, Ignacio Aldecoa y Rafael Sánchez Ferlosio. Con este último se casó poco después, y fue entonces cuando empecé a tratarla. El éxito sucesivo de las dos primeras novelas de Rafael desvió la atención de mucha gente, entre la que yo, pecador, me incluyo, de los libros que Carmina publicó por aquellos tiempos: *El balneario*, con el que ganó el Premio Café Gijón de narración corta, en 1954, y *Entre visillos*, novela que se llevó el Nadal tres años después. Leídos ahora quizá no den la medida del papel que jugaron en un país que acababa de salir de la cartilla de racionamiento y que aún no conocía el plan de estabilización que nos llevaría al jodido milagro desarrollístico posterior. Eran esas dos obras escritas por una mujer inconformista; significaban la rebelión —medurada— de una joven que se sentía ahogar en un ambiente enrarecido, provinciano, y meapilas, como el que ella conoció; en fin, un intento, sin gritos, de salir a flote, de abandonar tristezas y melancolías, hoy difícilmente comprensibles para una juventud que, afortunadamente para ella, no ha vivido en aquel charco.

Al intimar con Rafael Sánchez Ferlosio fui conociéndola poco a poco a ella, a la Torci, hija de ambos —ay, Dios, ya tendrá sus veintitrés años—; a su padre, el notario señor Martín; a su madre, a su hermana Ana Mari. Carmina, Rafael y la Torci pasaron el verano del 56, con Ton, con Julia y conmigo, repartido entre Reus, Cambrils y Torrentbó, arrastrando una enorme cuna que facturaban por ferrocarril, la "cuna de matrimonio", como la llamábamos, diseñada exprofeso para la chica, *mi criaturita*, como le decía Rafael en sus arranques maternos. Carmina se pasó todo el verano escribiendo y cantando y también charlando con Ton sobre la educación de las niñas, tema éste en el que el criterio de ambas y el de Ferlosio y mío estaban bastante encontrados, dada nuestra tendencia paternalista, hoy machista sería, ay, Electra, de sublimar a las hijas, reconociéndoles todas nuestras virtudes e intentando traspasárselas, a fin de realizar un frustrado complejo mater-

nal y evitar el contagio del mundo fermentado de sus astutas y ladinas madres ¡Cristo, cómo nos han hecho cambiar los tiempos!

La volví a ver muchas más veces, y su paciencia para con Rafael y sus amigos, sospecho se debía ampliar cuando aparecía yo, enloquecido que estaba más que nunca, y que, con la conversación con Rafael aún afinaba más. Entre estrambóticas salidas nocturnas, cantos en tabernas, meadas en el paseo del Prado y otras cretineces, recuerdo un viaje en tren a Ciudad Real, ella y la Torci envueltas en mantas y Rafael y yo en jerseys, chalecos y zamarras, para ir a cazar a campo abierto:

Fue un viaje nocturno de tercera y sobre madera, que tanto a la ida como al regreso duró más de veinte horas, para cazar un solo día —y cazar bien, por cierto— y aún tener tiempo para asistir a una sesión del circo más astroso y espléndido del mundo, a base de cabras, perros, un gato, varias gallinas, payasos y un viejo oso que debía estar cobrando el retiro de la Seguridad Social desde hacía ya años.

Vuelvo a Carmina sin sus circunstancias. Publicó después una colección de cuentos llamada *Las ataduras*, luego su segunda novela, *Ritmo lento*, y la tercera, *Retahílas*, y más tarde *Fragmentos de interior*. Todos redes, pedazos de ganchillo, cuer-

das, hilachas que romper y que rompía. Pero hay otra Carmina, la de los ensayos, y, sobre todo, la Carmina de las horas de estantería e investigación histórica, la del extraordinario libro *El proceso de Macanaz*, que le llevó un trabajo de ocho años por varias bibliotecas y archivos, desde el Histórico Nacional hasta el de Simancas. Tenaz como una liendre, no soltó al personaje hasta que lo revivió en sus contradicciones y desdichas. El Macanaz ministro de Felipe V hasta el anciano preso liberado por Carlos III —antes encarcelado por Fernando VI, y aún antes en un largo exilio— pasa en sus páginas como un hombre inteligente, un personaje que se adelantó en cien años a su tiempo: retrato perfecto y emotivo de un terco frente a la Inquisición y a la miseria. Y otro libro más: *Usos amorosos del siglo XVIII en España*, sorprendente florilegio de una erótica casi desconocida. Y más aún: su último libro, *A rachas*, de poesía, que en poesía se expresó cuando era adolescente y lo hace de nuevo ahora que adolece. Y más, en fin: grande abrazo, Carmina. ●

